

## Capítulo IV

### Redes de protección y trabajo clandestino

Jorge Schindler ya en Santiago, trabajando en el Comité Farmacéutico de la Corfo, se vinculó con destacados dirigentes de la Unidad Popular y del Partido Comunista. Operó codo a codo con Marta Ugarte, Patricio Palma, León Dobry, el general Alberto Bachelet y Galvarino Melo, entre otros, intentando solucionar los problemas de desabastecimiento que generaba la oposición a Salvador Allende. En eso estaba cuando sobrevino el golpe militar. En la Corfo también laboraba el abogado Hugo Pavez, quien cumpliría un importante papel en la defensa legal de los comunistas perseguidos por la dictadura. Al mismo tiempo, sería el hombre que armaría el entramado legal de las farmacias de Schindler.

#### 4.1.- Viaje al comité farmacéutico de la Corfo

A fines de 1972, Jorge Schindler renunció a la Bayer y, recomendado por Alfredo Lyon, dirigente sindical socialista del Laboratorio Chile, aceptó incorporarse en Santiago al Comité Farmacéutico de la Corporación de Fomento, Corfo. Antes de ser oficializado su nombramiento, debió pasar un examen en la Comisión de Control y Cuadros del PC, dirigida entonces por Uldarico Donaire, más conocido entonces como “Rafael Cortés”. Poco después de asumir sus nuevas funciones, a comienzos de enero de 1973, Schindler se casó con Gema Ugarte Alfero. (1)

Evoca Schindler:

En la Corfo yo era el secretario político de la célula que reunía a los ejecutivos comunistas de la corporación. Ahí estaban Gerardo Weissner, con quien me encontré luego en el exilio, que era el gerente de las industrias livianas; Sergio Oyaneder, el encargado de seguridad; Alfredo Sáez, contador; la sicóloga Marta Alvarado, la esposa de Patricio Palma, director de la Dirección de Industria y Comercio, Dirinco; Aída Eldelstein, farmacéutica, hija del compañero que era conocido como “José Pino” en el Comité Central del PC, entre varios otros.

El papel fundamental de Corfo era relacionarse con las empresas estatizadas. Yo estaba a cargo del Departamento de Distribución de Productos Farmacéuticos. Todo el año 73, hasta el golpe, hubo un intenso trabajo porque la preocupación central era el mercado negro, debido a que teniendo una producción más o menos normal, los productos desaparecían del mercado y el desabastecimiento era nefasto para el gobierno. Poco antes del golpe me instalé en el Laboratorio Geka, que producía la pasta Odontine, para tratar de regularizar el abastecimiento de dentífricos. También faltaba algodón y toallas higiénicas. Con Patricio Palma y el subdirector de Dirinco, León Dobry, “El Loco Dobry”, me reunía en la Comisión Técnica del PC y en la misma Dirinco, además de Marta Ugarte, en ese entonces Jefa de Abastecimiento de las JAP, que encabezaban el general Alberto Bachelet y el capitán Raúl Vergara. Con todos ellos elaboramos una estrategia y decidimos actuar allanando múltiples bodegas clandestinas que estaban llenas de las mercaderías que faltaban en el comercio. En esos allanamientos íbamos juntos con Dobry, que era del PC, y dieron muy buenos resultados, especialmente en el sector de La Vega y de Estación Central, donde encontramos grandes cantidades de pasta de dientes y jabón de tocador, acaparados por comerciantes inescrupulosos y opositores al gobierno. No tuvimos problemas, en cambio, con la industria farmacéutica y hubo una buena distribución de medicamentos.

Tengo un recuerdo imborrable de Marta Ugarte, una autodidacta ejemplar y muy modesta; de “El Loco” Dobry sé que después del golpe se asiló en la embajada de Ecuador y que en ese país le fue muy bien en los negocios.

El 11 de septiembre de 1973 salí de mi casa a las 7.30. Mi mujer me iba a dejar al trabajo. Tomamos avenida Matta. Íbamos escuchando la radio. Nos dimos cuenta que el golpe estaba en marcha. El Comité Farmacéutico funcionaba en un segundo piso de un edificio que estaba en calle San Antonio al llegar a Monjitas, al lado del hotel Tupahue. Llegó el que hacía de jefe del Comité, Edgardo Arrivé, socialista, ex gerente del Laboratorio Merck. Nos pareció que la asonada militar era inevitable y decidimos dirigirnos al Laboratorio Chile, donde yo era director y debíamos reunirnos según las instrucciones que teníamos. Galvarino Melo, cuadro obrero del partido que también fue diputado, era el presidente del directorio y siempre me solicitaba mi ayuda en el tema de los medicamentos del Formulario Nacional. El fue, además, director nacional del Servicio de Seguro Social. Yo conocía a los presidentes de los sindicatos industriales y de empleados. Los trabajadores nos recomendaron salir de allí porque los militares iban a allanar el lugar. Me encontré parado frente al Estadio Nacional y decidí caminar hacia mi casa. Eran cerca de las 13 horas. Mi departamento estaba en un tercer piso y vimos el humo que salía de La Moneda. No había otra cosa que esperar.

Estuve tres días en la casa. Después fuimos a Corfo a buscar documentos, pero no nos dejaron entrar y nos mandaron a la sede central, en Moneda 921. Había como 200 personas afuera, que querían saber cual era su situación. Un tipo que trabajaba como portero del Comité Farmacéutico estaba en la puerta. Resultó que era un civil que trabajaba para la FACH. Nos pagaron el sueldo hasta el 15 de noviembre y nos mandaron para la casa, cesantes.

Yo tenía algunos ahorros y pudimos arreglarnos un tiempo, pero los fondos empezaron a agotarse y empecé a angustiarme. Llegó de Concepción mi suegro, Oscar Ugarte Sotolicchio, primo del general Pinochet y muy de derecha. El viejo traía un diario Crónica donde se informaba que me buscaban por el asunto del cabo Aroca.

En Valparaíso detuvieron a mi hermano Julio, lo metieron al buque Maipo y luego lo mandaron a Pisagua. Yo vivía con mi madre que había quedado viuda –mi padre murió en 1972- y estaba recién operada de la cadera. Un vecino taxista nos denunció por que yo era comunista y llegaron los carabineros de la comisaría de Los Guindos a allanarnos. Uno de ellos me conocía de la farmacia de la Villa Olímpica e intervino ante el teniente que los mandaba. Les dijo que éramos buenas personas y muy tranquilos. Se fueron. Poco a poco me fui enterando de lo que estaba ocurriendo. Un día encontraron a Luis Corvalán, oculto en una casa a pocos metros de la mía, en calle Los Cerezos, entre Irrarázaval y Grecia.

Pasó el tiempo y la situación se puso asfíxante y sin perspectivas. Pensé incluso en salir de Chile. Contacté a un gran amigo brasilero que había estado trabajando acá en el ICIRA (2). Se llamaba Joao Baptista Romanelli y era el padrino de mi hija Mirna. Le escribí y le dije que yo podía trabajar como visitador médico. Me respondió preguntándome si me podía llevar un capital de diez mil dólares, dinero que no tenía. Ya no podía con mis nervios cuando mi ex suegro me contó que su hermano, Manuel Alcoholado, tenía un local en la Villa México, una población ubicada entre Cerrillos y Maipú, donde había estado funcionando una farmacia, que fuera a hablar con él. Llegué allá y don Manuel me entusiasmó y me dio ánimo.

Era en verdad una farmacia montada, pero cerrada. Había montones de medicamentos. Yo tenía otro gran amigo y compañero de la Corfo, Ramiro Ríos, que era del Mapu, químico farmacéutico, que también seguía sin trabajo. Fuimos a ver el local de Villa

México y decimos asociarnos y meternos en el negocio. Don Manuel Alcoholado era pro comunista y me dijo:

-Jorge, te quedas con el local; no me pagas derechos de llaves, pero sí me pagas los medicamentos, como quieras y cuando puedas.

#### **4.2.- Abriendo las puertas de un bazucaso**

El abogado Hugo Pavez Lazo, a los 72 años de edad, integra en la actualidad el Programa de Defensa de los Derechos Humanos del Ministerio del Interior. Tiene a su cargo el seguimiento de gran parte de los juicios que se mantienen en los tribunales de justicia para aclarar los crímenes y desapariciones que se registraron en Santiago en los días y semanas siguientes al golpe militar de 1973. Pavez, militante comunista desde muy joven, pasó como detenido en aquel tiempo por el Ministerio de Defensa, el Estadio Chile y el Estadio Nacional. Tras recuperar su libertad se integró a los equipos de abogados que defendieron los derechos humanos desde el inicio de la dictadura. También trabajó por su partido en la clandestinidad y participó en la cobertura legal de las farmacias creadas por Jorge Schindler.

Habla Pavez:

Mi familia era de Curicó y muy conservadora. Mis padres se separaron cuando yo tenía unos dos años y con mi madre nos trasladamos a Santiago en 1946. Tenías miedo del viaje porque me habían dicho que los comunistas descarrilaban a los trenes. Mi abuela materna, que era profesora, me educó inicialmente y luego ingresé al Instituto Nacional. Allí era muy cercano a las Juventudes Comunistas y formaba parte de un grupo de alumnos de izquierda donde estaban Antonio Skarmeta, presidente de la Academia Literaria; Augusto Carmona, mi compañero de banco, que ingresaría al MIR y sería uno de los fundadores de la revista Punto Final; Pedro Butazzoni, años después subsecretario de Hacienda del presidente Frei Montalva; y Jorge Arrate y Juan Facuse, ambos radicales entonces, entre otros. En el liceo también había muchos hijos de padres judíos que venían huyendo de la guerra, casi todos de derecha, y algunos hijos de exiliados españoles por la guerra civil.

Vivía en Recoleta, donde mismo vivo ahora. Salí de humanidades en 1956 y entré a Derecho en la Universidad de Chile. En la misma generación estaban Mónica Madariaga, que era la primera del curso (3); Luis Maira; Cristián Bulnes, el hijo mayor del senador Francisco Bulnes; Hernán Somerville, Litré Quiroga, Juan Pavín y Eduardo Contreras. Ese fue el curso que cambió la correlación política de fuerzas en la facultad. Hasta el año anterior había dominado el Grupo Universitario Radical, GUR, pero a partir de ese momento empezó a imperar la Juventud Demócrata Cristiana, la JDC. Egresé e hice mi práctica en el Servicio de Asistencia Judicial del Colegio de Abogados. Luego me incorporé a trabajar al estudio del abogado procurador Fernando Ostornol, del cual después fui socio, cuando me recibí en 1967. Me casé en 1962, a los 22 años, con Rosa Parisi, una compañera de curso. Entré a militar en el Partido Comunista por esos mismos años, a la Quinta Comuna, en Independencia. Participé en la campaña de Salvador Allende en 1970 y el día de las elecciones fui apoderado para todas las mesas de mujeres en la Quinta Comuna. La noche del triunfo me acosté a las 22 horas, agotado por la pega del día.

En los días siguientes conversé con Uldarico Donaire, el encargado de Control y Cuadros del partido, que me ofreció varias alternativas de trabajo: fiscal de la Caja de Empleados Particulares, asesor de Hugo Fazio en el Banco Central; o, Secretario Abogado de la Intendencia de Rancagua, con Wladimir Lenin Chávez. Al final, en diciembre, me mandaron a hablar a La Moneda con Daniel Vergara, el subsecretario del Interior. Me recibió Daniel Escobar, funcionario de Correos adscrito a La Moneda, que

más tarde fue jefe de Gabinete de Vergara y que hasta hoy permanece desaparecido. Me nombraron Director Nacional de Organizaciones Comunitarias del Ministerio del Interior, el equivalente a las organizaciones civiles de ahora. Eran sólo dos las entidades de Interior que se relacionaban con las masas: Organizaciones Comunitarias y la Oficina Nacional de Emergencias, Onemi. Funcionábamos en Bulnes 80. Allí estuve en 1971, pero tuve un problema de control, me enamoré de una de mis cinco secretarías y mi matrimonio se rompió. El partido –que era muy moralizo– determinó que dejara mi cargo. Poco después me casé con María Cecilia Jorquera.

En marzo de 1972 me llamó el fiscal de la Corfo, José Rodríguez Elizondo. Ahora dice que nunca fue comunista, pero en ese tiempo militaba en mi célula, donde yo era el secretario político. Entré como abogado de la Fiscalía. En Corfo asumí como abogado a cargo de los créditos otorgados por esa entidad a los productores, de las expropiaciones de la Corporación de Reforma Agraria, CORA, y de las negociaciones con los agricultores. Durante el paro de octubre de 1972 la gran mayoría de los abogados de la Fiscalía era de derecha o del PDC. Paralizaron todos menos un grupo de la UP que integraban el abogado jefe, el radical Eduardo Jara Miranda y Ángel Castro, entre otros pocos. Mi jefe era un abogado de apellido Orellana, de derecha; el segundo, Roberto Cobo de la Maza, era muy cercano a Patria y Libertad, teniente de la Armada en reserva. Después del golpe entró a la inteligencia de la Armada y ahora, en los últimos años, me lo he topado en varios juicios.

Tras el paro de octubre, José Rodríguez me pidió que asumiera la jefatura del Departamento de Estudios de la Fiscalía, donde estuve un par de meses. Al jefe, Carlos Monreal, que era comunista, le había dado tuberculosis. Por esa fecha conocí a Jorge Schindler, en el comité de empresas. Yo era secretario político de mi célula, él de otra y ahí nos encontrábamos en reuniones del partido para informarnos de lo que estaba ocurriendo en la Corfo. En esa fecha me llamaron para encabezar un grupo de defensa judicial en el tema de las empresas traspasadas al área social de la economía. Allí estuve hasta el golpe.

También yo estaba cada vez más activo en el partido; me integré al equipo de autodefensa y me tocaba cuidar los locales partidarios del Comité Central y del Regional Capital, el primero en calle Teatinos 416 y el segundo cerca de Ejército, en calle Vergara. Éramos grupos pequeños, de 12 o 15; yo tenía un revólver amarrado con tela adhesiva, el mismo que unas pocas noches atrás se le había disparado en una pierna a un compañero que hacía instrucción de defensa personal.

La noche del lunes 10 de septiembre de 1973, estuve a cargo de seguridad en la Corfo con unos ocho compañeros. Levanté la guardia poco después de las 6:30 de la mañana y me pasó a buscar una camioneta que me llevaba a mi casa, en calle Almirante Grau, entre Vicuña Mackenna y el Parque Bustamante. Llegué a acostarme. A mi mujer la pasaban a buscar para ir a su trabajo en el Ministerio del Interior y en el trayecto dejaba a mi hija Cecilia en la sala cuna. De pronto sentí sonar los tacos de los zapatos de mi mujer que volvía muy agitada. Me dijo que se había levantado la Armada y se fue. Me vestí a toda prisa y me fui colgando de un microbús que me dejó en el puente Recoleta, en Mapocho, y de ahí me fui corriendo a la Corfo. Me acuerdo que vi a un compañero solo gritando ¡Abajo los fascistas! ¡Vida la Unidad Popular! ¡Viva Allende!

Nos reunimos en Corfo unas 80 personas. Los dirigentes socialistas, con el general Sergio Poblete, de la FACh, a la cabeza, dijeron que tenían un lugar donde acudir. Los comunistas, unos 40, nos quedamos a acatar las instrucciones de la CUT: todo el mundo a sus puestos de combate. El secretario político del comité de empresas, Guillermo Sáez, había sido removido después del tanquetazo. Estaba el encargado de organización, Sergio Oyaneder, y el encargado de agitación y propaganda. Nos preocupamos del

almuerzo de la gente. No teníamos claro qué pasaría. Creíamos que se nos iban a entregar armas, que iba a haber resistencia. En el partido había convicción de que las Fuerzas Armadas se iban a dividir verticalmente y que un grupo iba a resistir. Confiábamos en los generales Prats, Pickering y Urbina. Éramos, en realidad, una mezcla de ingenuidad, confianza y disciplina. Lo que nos decía la dirección del partido era palabra santa.

Autorizamos al compañero de agitación y propaganda para que se retirara a cumplir una misión; y al jefe del personal de la Corfo, junto con otro, que manifestaron tener que salir a cumplir una misión especial del equipo de autodefensa. Llegó gente a refugiarse: la secretaria de Nilde Garfias, la encargada de la JAP en la Dirinco; una hija del general Pickering; un ayudante de cocina de Corfo Renca y miembros de los diversos comités. Requisamos los radios y los teléfonos. Algunos compañeros dijeron que habían visto fusilar a tres o cuatro personas en la pared trasera del Banco Español. Me llamó el encargado del comité local de la Primera Comuna, que recién se había dividido en norte y sur, y me dijo que abandonáramos el lugar, pero yo no le entendí.

Al día siguiente, el miércoles 12 en la tarde, llegaron los militares. Le dispararon un bazucaso a la puerta y entraron. Los mandaba el general Sergio Nuño, a quien la hija de Pickering se negó a saludar. Nos hicieron bajar a todos desde los pisos superiores y nos tiraron al suelo donde nos mantuvieron varias horas. Escuchábamos quebrazón de vidrios y ráfagas de disparos. Vimos como los soldados salían con cajas de productos cosméticos que tenían las secretarías para venderlos en el mercado negro y con piezas de queso que teníamos en el casino.

Nos hicieron parar e iniciamos un largo recorrido hacia el Ministerio de Defensa. Las mujeres se quedaron en la Corfo. En calle Matías Cousiño nos cortaron el pelo, a mi con un yatagán y a los otros con tijeras. Dimos la vuelta por Moneda, sacaron a un compañero de la fila y subieron con él a la radio Minería, en cuyo auditorio se había efectuado el congreso de la Primera Comuna del partido. A la cuadra siguiente doblamos por Bandera y paramos frente al teatro que allí había, donde los militares quemaron una bandera cubana. Seguimos hacia Alameda, Morandé y el Ministerio. Nos recibió un callejón oscuro en el hall central. Luego empezaron a interrogarnos. Era evidente que alguien les había informado sobre nosotros, porque las preguntas eran muy precisas. A mi me preguntaban por armas mientras me pasaban un corvo por el estómago. Me dijeron que en media hora me fusilaban y me enviaron a los subterráneos. Uno de los oficiales pertenecía a las fiscalías militares. Se llamaba Sergio Vergara y ahora lo tengo en un proceso por haber integrado el consejo de guerra que se realizó en escarmiento por el ataque a una ambulancia en la población La Legua. (4)

Nos tuvieron ahí hasta el día 13 en la tarde, cuando nos separaron en dos grupos: uno de profesionales y otro integrado por los que habían viajado al exterior, entre ellos Marcelo Concha, con quien éramos amigos y que está desaparecido desde el 9 de mayo de 1976, fecha en que fue detenido no sabemos si por la DINA o por el Comando Conjunto. A ellos los llevaron a Investigaciones, a nosotros nos sacaron en un microbús hacia el Estadio Chile, donde llegamos a la entrada del sol.

#### **4.3.- ¡El que diga que es independiente, lo mato!**

Tuvimos que esperar que sacaran el cuerpo de un niño de 15 años que habían matado porque intentó quitarle el fusil a un soldado. Salió el coronel Mario Manríquez, a cargo del Estadio, muy ufano, y nos empezó a interrogar. ¿Tú, que eres? Independiente, fue la respuesta; ¿Y tú?, le preguntó al segundo. Independiente, señor. El tercero le contestó igual. Entonces, enfurecido, sacó su arma de puño y dijo: ¡el siguiente que me diga independiente, lo mato! ¿Tú que eres?, preguntó al que seguía poniéndole la pistola en

la cabeza. Independiente de izquierda, señor, le dijo el único miembro del Mapu que había entre nosotros.

Nos enviaron a los subterráneos, donde estuvimos toda la noche del 13 y el día 14. Nos pegaban e interrogaban. El milico que pasaba nos daba una patada o un culatazo. De repente trajeron a Daniel Escobar de alguna parte y lo mató el teniente que lo estaba interrogando. Para mí era Miguel Krassnoff, otros dicen que era Edwin Dimter. Yo me he careado con el primero que lo niega y se indigna. También se dice que en el Estadio Chile estuvo Pedro Espinoza dando órdenes sobre qué hacer con los prisioneros. (5) Litré Quiroga, director de Gendarmería, fue conminado a presentarse ante la autoridad militar en el primer bando que publicó la Junta de Gobierno. Familiares y compañeros le pidieron que no se presentara, pero el dijo que no tenía nada que ocultar. Llamó al Ministerio de Defensa y llegó un vehículo con militares a buscarlo. Su cadáver apareció junto al de Víctor Jara. Creo que lo llevaron del regimiento Tacna al Estadio Chile; lo habían amarrado con alambre y sufrió mucho porque era gordo y el alambre se le incrustaba en el cuello y en otras partes del cuerpo. También está abierto un proceso por un muchacho de apellido Panes que se lanzó desde el quinto piso del Estadio Chile a la cancha y murió ahí. Otro caso es el de Sócrates Ponce, interventor de Indumet, un abogado ecuatoriano de bastante prestancia intelectual. Se que lo llamaron por parlantes y desapareció en los subterráneos. Al día siguiente, le entregaron su cadáver al general Rubén Álvarez, de Carabineros, que era su suegro, muy amigo de Allende y que estaba próximo a ascender a director general

Cuando estábamos abajo, en los camarines, llegó el coronel Manríquez en visita inspectiva con dos tenientes. Era un fantoche. Nos contó como las ramas de las Fuerzas Armadas se habían repartido el gobierno. Ordenó luego que nos subieran a la cancha. En las graderías nos cruzamos con Víctor Jara. Allí nos hicieron inscribirnos para salir en los días siguientes. El sábado 16, quedábamos pocos y nos tocó el bus del último viaje. Nos llevaron al Estadio Nacional, donde sufrimos los interrogatorios más intensos, aunque a cara descubierta. Parece que los hizo un detective ya mayor. Los compañeros del Comité Textil de la Corfo, detenidos con nosotros, estaban convencidos de que los militares los iban a llamar a colaborar porque, según ellos, eran indispensables.

Mi esposa se contactó con un cabo de carabineros que trabajaba en Organizaciones Comunitarias, que le ayudó a llegar al Estadio. Yo estaba cerca de la puerta de la escotilla y la vi; estaba al lado de la entrada y me llevó un churrasco. En una comida del Ministerio del Interior al cabo se le había pasado la mano con el trago. Yo lo mandé a dejar a su casa y quedó muy agradecido, no se olvidó nunca y cuando mi esposa le pidió ayuda, la hizo pasar como pariente suya y consiguió que ingresara a verme.

Finalmente me soltaron el 1° de octubre. Tomé un micro y llegué a mi casa donde me encontré con mis suegros. El 2 de octubre fui a mi oficina particular, en Agustinas 853, frente a la iglesia de los agustinos. Tenía prohibido entrar a Corfo, aunque nos siguieron pagando hasta el 13 de noviembre. Yo seguí dirigiendo a los comunistas que trabajaban allí para recabar datos de lo que ocurría hasta que en el partido me pidieron que me quedara sólo trabajando en el grupo de abogados que trataba de defender a los perseguidos. Íbamos al Ministerio de Defensa a ver las listas de detenidos. Las tareas principales las asumieron Sergio Ovalle, Guillermo Cáceres y Fernando Ostornol, que era también dirigente del Regional Cordillera. Muy luego se empezaron a tejer redes de apoyo con otros abogados como Roberto Garretón, Jaime Hales y Andrés Aylwin. Los abogados pasamos a depender del equipo de solidaridad del partido que dirigía Sergio Ovalle (“Pedro”). Después de él estuvo Marta Ugarte, a quien detuvieron cuando estaba pasando a la Comisión de Organización (6). Me tocó estar en algunos consejos

de Guerra. Guillermo Cáceres participó en el de la FACH junto con Héctor Basualto. Rose Marie Bornan estuvo en muchos de ellos. Los militares no han reconocido los consejos, sólo algunos como el de La Legua, donde procesaron a personas que no tuvieron ninguna participación en hechos de violencia. A fines de 1973 nos fuimos organizando con los otros abogados comunistas; éramos unos 15. En 1974 hacíamos también análisis e información para la dirección del partido y nos dimos cuenta que estaban operando otros servicios de inteligencia además del SIM. Llevábamos el control de las detenciones. Poco más adelante fue más claro a través de los recursos de amparo. Más tarde, el 75, se acordó que un grupo se dedicara a recorrer el país. A mi me tocó Concepción, donde me reuní con los abogados Quintana y Grandón. A la Chela Álvarez le tocó desde Valdivia a Puerto Montt y mandaba recados por la radio. Era muy valiente y altiva. La detuvieron y terminó en Tres Álamos.

A mediados de abril de ese año arrestaron a Fernando Ostornol en nuestra oficina. Yo estaba jugando ajedrez con Guillermo Cáceres y luego que éste se fue llegaron dos civiles que se identificaron como de Investigaciones. Fernando me pidió calma porque en su escritorio estaba el control de la campaña de finanzas de la célula, con todos los nombres. Lo llevaron a Cuatro Álamos, luego a Tres Álamos y de ahí al exilio a Italia y más tarde a México.

Ostornol fue el primer abogado de Corvalán, luego asumí yo la preparación de su defensa. Estábamos seguros de que la dictadura intentaría a través de un consejo de guerra acusarlo y simultáneamente enjuiciar al Partido Comunista. Discutimos si invocaríamos la convención de Ginebra: El partido decidió no hacerlo pues no quería validar la institucionalidad vigente impuesta por Pinochet. La defensa la iba a encabezar públicamente Joaquín Ruiz Jiménez, ex ministro de Francisco Franco, que había roto relaciones con el general español algunos años antes. Ruiz Jiménez pertenecía a los católicos españoles más fervorosos y había sido embajador en el Vaticano. También estaban Guido Calvi, profesor de Filosofía del Derecho, un abogado eminente; dos rumanos que se instalaron varios meses en el hotel Crillón; un abogado estadounidense comunista, ex integrante de la Corte Suprema de ese país, de apellido Faulkner, entre otros. El grupo no llegó a operar pues finalmente se negoció el canje de Corvalán. A fines de 1974 detuvieron a Jorge Montes, encargado de los comités regionales, por imprudencias en la relación con su esposa, la Pepa, que era muy celosa y posesiva. Cayeron algunos dirigentes regionales y hubo varios muertos. A Jorge lo llevaron a la Academia de Guerra Aérea de la FACH y lo torturaron hasta lo indecible. Yo saqué en secreto parte del libro que escribió Jorge mientras estuvo preso. Se perdieron varios capítulos, pero finalmente se publicó.

Por esos mismos días, a través de la madre de Alsino García, un veterinario que trabajaba en el frente de profesionales del partido, llegué a las farmacias que dirigía Jorge Schindler. Me encontré con Violeta Núñez, una abogada casada con un argentino, también comunista, que les brindaba asesoría jurídica. Yo la reemplacé y Schindler me hizo contrato de planta, con pago de imposiciones incluido. Conocí a un farmacéutico comunista que había sido intendente subrogante de La Serena y que logró escapar jабonado de que lo fusilara la Caravana de la Muerte que dirigió el general Sergio Arellano. Recuerdo que me tocó una dura pelea con el Colegio Farmacéutico por las necesidades de que hubiera un químico farmacéutico a cargo de las farmacias. Yo sabía bien el papel paralelo que cumplían las farmacias de Jorge Schindler y ayudé en todo lo que pude hasta 1978. Con Carlos Fuchslocher tuve una relación ocasional. Era muy poco orgánico, se saltaba las instancias propias de la clandestinidad y pedía cosas que no tenía por qué pedir.

En agosto de 1974, la DIFA detuvo a Carol Flores y luego, en octubre de 1975 a Miguel Estay Reino (“El Fanta”) y a René Basoa Alarcón. Su colaboración con lo que sería el Comando Conjunto fue clave para reprimir a la dirección de la Jota, la caída del equipo de relaciones internacionales y el exterminio del Regional Sur de Santiago. Esto también se relaciona con la caída de la dirección socialista de Exequiel Ponce, Ricardo Lagos y Carlos Lorca, a quienes el Partido Comunista les prestaba seguridad porque eran muy débiles en lo orgánico. Todo esto y la entrega de información por parte de algunos militantes detenidos fue determinante en el desastre que vivimos en 1976. Yo he participado en diversos trabajos para aclarar lo que ocurrió y todavía tenemos una serie de incógnitas sobre quienes fueron los que detuvieron; si fue la DINA o el Comando Conjunto. El caso de Marcelo Concha, por ejemplo, no está nada de claro. Tampoco hemos podido precisar si hubo infiltrados desde antes, como podrían haber sido Basoa o el “Fanta”.

Al caer los compañeros en la calle Conferencia y luego los demás, el partido nos dijo a los abogados que había que apechugar. Yo era el vínculo entre los abogados y la dirección. Mucho tiempo el contacto fue Ramón Vargas y luego Héctor Asela, quien murió más tarde extrañamente envenenado por gas. Cuando cayó Víctor Díaz el partido me pidió que hablara con Patricio Aylwin para que asumiera su defensa. Fui a encontrarme con él al hotel Carlos V, en calle Huérfanos. Me dijo que con los comunistas ellos tenían discrepancias, que lamentaba mucho la situación, pero que no podía ayudarnos y asumir esa defensa.

## NOTAS

- (1) Uldarico Donaire Cortez, casado, cuatro hijos, obrero gráfico, miembro del Comité Central del Partido Comunista, fue detenido el día miércoles 5 de mayo de 1976 durante un operativo montado por agentes de la DINA, en una casa de calle Conferencia 1587, en Santiago. Permanece hasta hoy en calidad de detenido desaparecido.
- (2) Instituto de Capacitación en Investigación en Reforma Agraria.
- (3) Mónica Madariaga Gutiérrez, abogada, prima del general Augusto Pinochet, fue ministra de Educación y de Justicia de la dictadura militar. Falleció el 8 de octubre de 2009.
- (4) Sobre los enfrentamientos ocurridos en la población La Legua, ver Garcés, Mario y Leiva, Sebastián: El Golpe en La Legua; LOM Ediciones, Santiago de Chile; 2005.
- (5) En diversos procesos judiciales se investiga en la actualidad la participación del entonces mayor Pedro Espinoza, más tarde subdirector de la DINA, en crímenes ocurridos en Santiago en los días siguientes al golpe militar de septiembre de 1973.
- (6) Marta Ugarte Román, integrante del Comité Central del PC, fue detenida el 9 de agosto de 1976 por agentes de la DINA. Permaneció detenida en la Villa Grimaldi y murió a consecuencias de las torturas. Su cadáver fue arrojado por sus captores al mar y más tarde fue encontrado semidesnudo y dentro de un saco amarrado a su cuello con un alambre, en la playa La Ballena, ubicada en Los Molles.